

Intelectuales y política.

Una relación en tiempos difíciles

Daniel Campione

En la década de 1960 y primeros años de la siguiente, la intelectualidad argentina experimentó un proceso de radicalización, que acompañó el aumento de las luchas sociales, la profundización de las demandas de transformación de la sociedad, y el impulso hacia la izquierda de sectores progresivamente más vastos dentro del peronismo, víctima de persecuciones y proscripto del sistema político oficial y fuera de él. Ese movimiento de radicalización se nutría de la repercusión creciente de un marxismo autónomo de la tutela soviética, del profuso pensamiento suscitado por los movimientos de descolonización y liberación nacional, la revolución cubana, la crítica radical que sufría la cultura del capitalismo individualista y consumista que se había entronizado en Estados Unidos y Europa Occidental.

Tras la represión homicida y la censura de la dictadura, que llevó al grueso de la intelectualidad cuestionadora a la muerte, la cárcel, el exilio, o bien al refugio dentro del país en diferentes modalidades de marginalidad y trabajo ‘subterráneo’¹, llegó el resurgir de una vida intelectual dotada de libertad de expresión. Pero, desgraciadamente, esta marcó el mayoritario abandono de las posiciones revolucionarias desarrolladas en la etapa previa a la dictadura. De la aspiración a cambiar por su base la configuración de la sociedad y las relaciones de poder en el seno de la misma, se pasó, más o menos bruscamente a un reformismo preocupado por la ‘governabilidad’, tributario del pensamiento socialdemócrata. Esto en una etapa en que la socialdemocracia viraba a la derecha en todo el mundo, al compás de la contraofensiva del gran capital que se dejó percibir desde el advenimiento de Margaret Thatcher y sobre todo de Ronald Reagan en EE.UU. Los regímenes de Felipe González o Mitterrand pasaban a ser fuentes de inspiración supuestamente más aptas que los procesos revolucionarios que se habían desenvuelto a lo largo del siglo.

¹ Centros de estudios no estatales, como CEDES o CISEA, alguna revista destinada a larga trayectoria, como *Punto de Vista*, y multitud de núcleos más informales o más efímeros

Era decisivo en la conformación de esta nueva ‘visión del mundo’, el efecto de encantamiento que jugaba el retorno a la institucionalidad republicana, como fruto de un procesamiento de la derrota que tendía a perpetuarla, al interpretarla como demostración de lo inadecuado de los objetivos que se habían planteado en aquéllos años ‘incandescentes’. Las acciones y el modo de ver el mundo de los 60-70’ podían rescatarse para la memoria histórica, pero no para la acción política del presente y el futuro cercano. A partir de allí, muchos decidieron creer en la promesa simbólica que formulaba el primer presidente de la restauración democrática: “con la democracia se come, se cura, se educa...”, que a poco andar se vería drásticamente desmentida en todos sus términos.

A medida que la mayoría de ellos retornaba del exilio, fueron creados una serie de aparatos culturales que perdurarían durante más de una década, siendo los principales el Club de Cultura Socialista, y la revista *La Ciudad Futura*, ambas denominaciones indicativas de la adopción de Gramsci como la principal referencia dentro de la tradición marxista. En realidad, hombres como Juan Carlos Portantiero,² Oscar del Barco, Héctor Schmucler y sobre todo, José Aricó, ya habían profesado la impronta gramsciana desde los años 50’, pero en aquella época no la encontraban incompatible con la lectura crítica de Lenin o Guevara, a los que desecharon en bloque en esta nueva etapa, junto con las posiciones revolucionarias que habían sustentado en el pasado.³ El marxista italiano, por su parte, era leído en una clave reformista, en la que la problemática del consenso y la hegemonía, sepultaba los fenómenos ligados a la explotación y la coerción.

Una afirmación de José Aricó, uno de los pensadores fundamentales de esa tendencia, sirve para sintetizar el programa de este núcleo de intelectuales:

“La pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictualidad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad”⁴

² *Los usos de Gramsci*, libro-compilación de Juan Carlos Portantiero, marcó en diferentes ediciones la transición desde una recepción del pensador italiano en clave revolucionaria, a otra abiertamente reformista.

³ Es difícil de exagerar el aporte al conocimiento e investigación del marxismo de José Aricó y otros miembros del grupo Pasado y Presente, a través de los avatares sucesivos de la revista de ese nombre y de los libros editados bajo esa misma denominación, o la de Siglo XXI de México en su mejor etapa. Ediciones de los documentos de la I.C., de grandes marxistas poco recordados como Karl Korsch y Arthur Rosenberg, de textos poco conocidos de Marx, Engels y Lenin, de los mejores textos de la nueva izquierda europea (muy en particular la italiana, con Gramsci al frente, y representada además por Marramao, Luporini, Pissorno, Cerroni y muchos otros), se contaron entre esa labor editorial, a menudo enriquecida con estudios preliminares de gran valor. Incluso la mejor edición de *El Capital* en lengua española (lanzada por Siglo XXI, con traducción de Pedro Scaron), contó con el aporte protagónico de la erudición de Aricó. Esta tarea titánica, plena de talento y laboriosidad, no debe ser menoscabada por el desacuerdo con las posiciones teóricas y políticas de esos intelectuales en los años recientes.

⁴ . Aricó, *Entrevistas...* p. 116

No más revolución social, no más lucha de clases, nada que pudiera alterar sustantivamente el orden social y político existente. La 'conflictualidad' debía ser resuelta por medios que no alteraran el régimen político ni el orden social. El no retorno a una situación dictatorial tomaba prioridad decisiva en ese pensamiento, pero en una forma temerosa y defensiva, que pretendía que el alejamiento del conflicto radical, de una 'violencia' condenada sin matices ni salvedades, era la única forma de aventar los riesgos de retroceso a los 'años de plomo'.

En los años 80' se asistió a la convergencia de un vasto núcleo de intelectuales en un a veces denominado *post-marxismo* que, a partir de un intento de crítica global de la experiencia de los últimos 60' y primeros 70', producía una revisión profunda de la tradición marxista en general, y de su despliegue particular en Argentina. Bernstein, Jaurés y Juan B. Justo⁵ reemplazaron en la galería de 'grandes figuras' a Lenin, Mao y al Che, junto con la ya mencionada re-interpretación de Gramsci con un tinte marcadamente socialdemócrata.

La idea de revolución y todos sus corolarios fue abandonada, en beneficio de una vindicación de la democracia (ya no adjetivada como formal o burguesa) y de la consecución de cambios por la vía reformista. Ese tipo de posiciones, epitomizadas en el mencionado Club de Cultura Socialista, mantuvieron sin embargo una preocupación por dejar viva la identificación socialista y de izquierda, aunque acogieran versiones muy moderadas de esas corrientes y, a *contrario sensu*, excluyeran a quienes pretendían mantener una visión claramente anticapitalista, que no renunciaba a la transformación social por vía revolucionaria. No se puede comprender estas posiciones si no se las liga con dos factores centrales:

- a) En el plano local, la experiencia directa de la derrota de las organizaciones armadas, con las que buena parte de estos intelectuales se habían involucrado de una manera u otra, dejó como saldo el terror, la desilusión con la lucha que se sostuvo, la sensación de que se habían tomado riesgos demasiado altos inútilmente.
- b) El cruce de esa experiencia de derrota con una interpretación de la experiencia internacional como un reflujo definitivo de los movimientos revolucionarios y la caducidad de la concepción marxista de crítica al capitalismo.
- c) La necesidad de construir un lugar en la sociedad para ese discurso reformista, que no podía ser otro que el de la 'izquierda' sino se quería quedar diluído por completo en el pensamiento oficial. Así, los intelectuales 'posibilistas', se encolumnaron detrás de las variadas propuestas

⁵ Expresión de la revalorización de Juan B. Justo que aquí mencionamos, es la obra *La hipótesis de Justo*, de José Aricó.

‘progresistas’ que no se plantearan el conflicto radical con las clases dominantes y con un Estado que no por dotado de formas republicanas y parlamentarias, dependía menos completamente de aquéllas, disputando al mismo tiempo el espacio de izquierda con quiénes intentaban seguir ligados a las clases subalternas y a la construcción de una perspectiva autónoma para las mismas.

Incluso se empezó a pensar en términos de una modificación definitiva de la escena política, en la que la acción de masas, la ‘lucha de calles’, quedaría definitivamente relegada en beneficio de una disputa centrada en los medios de comunicación, con rasgos más ‘virtuales’ que reales. La política se convertía en una batalla de imágenes más que en un asunto de masas, en un ‘espectáculo’ más que en una confrontación. En esta versión ‘comunicacional’ de una utopía tecnocrática, la confrontación ‘virtual’ de discursos en los medios masivos de comunicación sustituía de modo definitivo a la apropiación material de la esfera pública. Actos y manifestaciones callejeras estaban destinados a morir.⁶

Otros intelectuales experimentaron una conversión incluso más completa, plegándose a los conceptos de la ciencia política norteamericana, y presentando la arquitectura institucional y las reglas de juego como objetos excluyentes de interés, generando una literatura ‘politológica’ de aparente sofisticación pero muy superficial nivel de reflexión, que procuraba desplazar violentamente las preocupaciones sobre el destino real de la sociedad por los análisis electorales, las encuestas de opinión y el minucioso seguimiento de los debates parlamentarios. Se pretendía que se asumiera la democracia representativa ‘realmente existente’, con su claro sesgo hacia la desmovilización y la desorganización de las clases subalternas, como la única modalidad de democracia posible, y el estudio de su funcionamiento institucional como el objeto privilegiado de la ciencia social.⁷

En esa franja, las posiciones frente al gobierno del Dr. Alfonsín transitaron desde un apoyo crítico (que algunos retiraron en torno a 1986, ley de Punto Final mediante) y una adhesión tan

6 Este visión orilló una y otra vez el ridículo cuando debió enfrentarse a la explicación de luchas que se empeñaban en encarnarse en una materialidad irreductible. Así, la repercusión de los piquetes iniciales, en los últimos años 90', pudo ser explicada por el potente efecto visual televisivo de las llamas de las fogatas, por el impacto emocional que producía la visión (también televisiva) de las mujeres con niños en brazos, soslayando más o menos por completo la problemática social que los atravesaba. En similar clave, el levantamiento zapatista trató, casi con desesperación, de ser reducido a ‘fenómeno mediático’, en un intento de ocultar la prepotente materialidad de un alzamiento armado, en una época en que habían sido declarados imposibles.

7 Los trabajos de cientistas sociales como Liliana De Riz, Catalina Smulovitz o Carlos Acuña, con matices importantes en cuánto a la complejidad y mérito de sus respectivos análisis, reflejaron esa inserción en la corriente del pensamiento anglosajón.

incondicional como provocadora. José Aricó y Pablo Giussani⁸ (salvadas las distancias de nivel intelectual entre ambos) podrían representar las posiciones extremas en ese arco.

Otro núcleo fue el que se articuló en torno a la revista *Unidos*, identificado con la tradición peronista, y con una participación en el auge de convocatoria de masas de la JP de los 70'. Una versión más o menos radicalizada de la renovación peronista concitaba sus esperanzas, y continuaban oponiéndose a los costados liberales y 'politicistas' del alfonsinismo. De todas formas, también renegaban de la meta de transformación revolucionaria, e inducían un 'regreso' de la experiencia de la 'tendencia revolucionaria' de los 70' hacia los cauces de la aceptación pacífica de la democracia representativa, y de la propiedad privada de los medios de producción.

La presidencia Menem descolocó a unos y a otros. Tanto el radicalismo en su versión alfonsinista como el peronismo renovador, lucían derrotados. Y Menem ganó para su campo a las figuras relevantes de la renovación peronista, que algunos fantaseaban como parte de un eje posible de una 'transversalidad' progresista que conjugara a lo más 'moderno' y democrático de ambos partidos mayoritarios. El rápido paso de una figura como José Luis Manzano de portaestandarte de una centroizquierda 'moderna' a encarnación del arribismo y la corrupción, resulta un ejemplo potente en ese sentido.

Tomó impulso además, con un ímpetu y seguridad desconocida en el pasado, una intelectualidad de derecha, abanderada de la modernización y la tecnocracia, influida en gran medida por las corrientes de pensamiento neoliberal que se hacían hegemónicas a nivel mundial. Organizados en fundaciones y *think-tanks* de variado tipo, adherentes sin rubores de los principios de la libre empresa, partidarios del desmantelamiento de todo lo que oliera a Estado Benefactor o intervencionista, ocuparon un lugar central en la dirección de la sociedad y la política en todo el período Menem. Domingo Felipe Cavallo, Juan José Llach, Armando Caro Figueroa, Martín Redrado, fueron las figuras más rutilantes de esta intelectualidad orgánica del gran capital, que demostró una gran capacidad de elaboración, y de articulación práctica con el poder económico, el estado, los medios de comunicación y los mecanismos de consagración del país y del exterior. Superaban en mucho, en su eficacia y su 'organicidad', al viejo modelo de pensadores del *establishment*, al estilo de Roberto Alemann y Alvaro Alsogaray. Su discurso era más flexible y moderno, muchos provenían de sectores ajenos a la derecha tradicional, con pasados en el

⁸ Pablo Giussani, periodista que había estado ligado a Montoneros en la década anterior,, publicó un libro con destino de *best seller*, *Montoneros, la soberbia armada*, a mediados de los 80'. Con prólogo de Ernesto Sábató incluido, el libro reducía a la organización armada a una especie de 'fascismo de izquierda' al estilo de Rohm en Alemania o los partidarios acérrimos del 'squadrimo' en Italia, dando apoyo a la teoría de los 'dos demonios', que funcionarios radicales y el augusto prologuista del libro pergeñaban por esos días, a la vez que propalaba un retorno con arma y bagajes a la interpretación del peronismo como 'fascismo'. En el periodismo cotidiano, Giussani se convirtió en un defensor acérrimo del gobierno de Alfonsín, no dejando falacia ni lugar común por utilizar para denostar a la izquierda y al peronismo

socialcristianismo y hasta en la izquierda.⁹ Además de su labor concreta como funcionarios e ‘ideólogos’, su encumbramiento tuvo otra consecuencia importante: confirieron legitimidad en el campo intelectual al pensamiento neoconservador, que en épocas anteriores había resultado impresentable, salvo en ciertos ámbitos ligados más a la empresa que a la academia. Incluso en el terreno politológico y sociológico crecieron en audiencia y prestigio analistas identificados abiertamente con esa tendencia, como Manuel Mora y Araujo y Rosendo Fraga.

El Frepaso. Gloria y decadencia del ‘progresismo’

En 1993 apareció un nuevo polo de atracción para la intelectualidad volcada al reformismo. El Frente Grande, alianza heteróclita de pequeños partidos ‘progresistas’, núcleos de izquierda e individualidades con cierto predicamento en la lucha por los derechos humanos o en el combate contra la corrupción. A él se sumaron tanto los hombres y mujeres de *Unidos* como los del Club de Cultura, junto con otros intelectuales más jóvenes, formados en la universidad normalizada de la democracia.

El Frente Grande inicial apareció como un nuevo momento de convergencia entre la intelectualidad que había jugado a la ‘transición democrática’ y a alguno de los términos del bipartidismo, y la fracción minoritaria que se había mantenido en posiciones más duras, fueran hijas de una visión radicalizada del peronismo o de ciertas corrientes de la izquierda tradicional. La depuración ideológica previa a los comicios presidenciales de 1995 y la configuración del Frepaso junto con disidentes del PJ que nada tenían que ver con posiciones de izquierda (con un católico conservador como José Octavio Bordón al frente, que luego sería candidato a presidente), señalaron a estos últimos el camino del alejamiento desencantado, o el de la permanencia, pero en rápido camino hacia la completa cooptación por la lógica de la defensa, apenas velada, no ya del orden capitalista, sino de las brutales modalidades de su implantación en Argentina. Ya antes de las elecciones de 1995, el conductor de la nueva fuerza, Carlos ‘Chacho’ Alvarez, lamentó no haber votado la Ley de Convertibilidad, al mismo tiempo que hacía múltiples manifestaciones de un vuelco hacia el ‘realismo’ y la ‘previsibilidad’, términos que en el lenguaje al uso no significan otra cosa que sometimiento pleno a los lineamientos fijados por el gran capital y los acreedores externos,¹⁰ y la

⁹ En realidad, no sólo se distinguían de los viejos ‘dinosaurios’ del liberalismo, sino también de otros intelectuales de su misma generación, pero incapaces de matizar el monocorde sermón neoliberal, como Roque Fernández o los economistas de FIEL. La eficacia de esta construcción la probó, entre otros factores, que su vinculación con el peronismo menemista, no les impidió continuar en los primeros planos en la posterior presidencia de la Rúa, y vincularse incluso con las fuerzas ‘progresistas’ como el Frepaso. Lluch y Marcos Makón llegaron al gabinete de la Alianza, ‘de la mano’ de la dirigencia del Frepaso.

¹⁰ El libro *Política y Poder en el gobierno de Menem*, Norma, 1996, de Vicente Palermo y Marcos Novaro, es quizás el texto canónico en la exposición de ese enfoque. No mucho después, los mismos autores publicarían un libro completo para fundamentar el establecimiento de la Alianza para el trabajo, la justicia y la educación, acto que consolida la subordinación

pasiva aceptación de los mecanismos político institucionales que excluían cada vez con más claridad a las clases subalternas.

La participación en la Alianza con la Unión Cívica Radical en un lugar subordinado, tal como quedó definido después de la interna en que el Dr. De la Rúa fue electo candidato, y con más claridad, luego de la derrota de Graciela Fernández Meijide como candidata a gobernadora de la provincia de Buenos Aires, reprodujo para muchos de estos intelectuales, en una escala más amplia, el lugar de 'apoyo crítico' u oposición menos que tibia, que ocuparon en la UBA y otras universidades, frente al radicalismo que las hegemoniza¹¹.

En muchos casos, se trata de hombres y mujeres que ingresaron a la actividad adulta abrazando un marxismo que despegaba del 'modelo' soviético, de la mano de la ruptura de Mao con la URSS, de la revolución cubana en su etapa de mayor originalidad y tendencia expansiva, de la épica de la resistencia antiimperialista del Vietnam, en un conjunto de ideas innovadoras que irían a corporizar en la versión vernácula de la 'nueva izquierda'. Pero aquél modo de pensar y actuar era entonces constitutivo de lo novedoso, de la 'última ola', en una época que condición de intelectual y pertenencia a la izquierda eran casi-sinónimos. Sólo quedaban a la derecha, en nuestro país, un nacionalismo algo anacrónico o un socialcristianismo conservador no demasiado atractivo, mientras que el conservadurismo liberal no gozaba de la mínima legitimidad en el campo intelectual. La revolución parecía ser la palabra de orden, y solía ni ponerse en cuestión la perspectiva de victoria rápida de fuerzas anticapitalistas. Se cultivaba un pensamiento 'urgente', que aspiraba a ligarse directamente a la acción, y en el que la vida académica tendía a ocupar un lugar secundario, si es que tomaba alguno.

En los 80', el modo de ver el mundo que había parecido casi 'obligatorio' hasta pocos años antes, se encontraba en su punto histórico más bajo, tanto en el plano mundial como en el local. La mayoría de los intelectuales que habían abrazado la 'urgencia revolucionaria', no estaban dispuestos a quedar en los márgenes, a sufrir las consecuencias de aparecer como desactualizados o nostálgicos, o los costos de sostener posiciones políticamente derrotadas, y quizás para ellos mucho más grave, intelectualmente desprestigiadas. Sólo les quedaba girar en la dirección de las modas ideológicas, ésta vez con la ventaja de ir al encuentro de posiciones mucho más reposadas, en un país en que la 'transición democrática' permitía 'colocarse' en la universidad y en los medios de comunicación, y a veces conseguir subsidios de prósperas entidades extranjeras. Además, en un retorno a la democracia en que los intelectuales de centro o de derecha habían apoyado a una dictadura que se había hundido en la vergüenza; una izquierda moderna dispuesta a coexistir para

del 'progresismo' al sistema bipartidista.

¹¹ Al tiempo de terminar de redactar este artículo, el radicalismo sufría un inusitado debilitamiento de su dominio en el campo universitario, perdiendo incluso la conducción de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA)

siempre con el gran capital y la política parlamentaria, podía proveer un grado de legitimidad no despreciable.

Tuvieron, incluso, a través de sus posiciones en la universidad y otros ámbitos ligados a lo académico, la oportunidad de educar en esos mismos hábitos a una nueva generación, salida de sus clases en la universidad y cooptada por variados mecanismos, liberada por procedencia generacional de todo vínculo personal y directo con la utopía 'setentista'. Se optó por un cierto *comfort*, no sólo espiritual, que se fue resquebrajando gradualmente a medida que las políticas de ajuste y los recortes presupuestarios se cernían también sobre las universidades. Algunos de ellos incluso 'privatizaron' su pertenencia académica, dejando las universidades públicas a favor de universidades privadas con mayor provisión de recursos y ventajas contractuales significativas, o se dirigieron a universidades públicas más pequeñas y con apoyos más variados, traducidos en capacidad para brindar mejores salarios y condiciones de trabajo. Volvían al abrigo de lo más granado de la cultura oficial, en las modalidades acordes con los tiempos que transcurrían, signados por el vuelco a lo privado y el abandono de la política. Un tedio de gestos apenas inconformistas y fondo complaciente parecía ser el destino de largo plazo de intelectuales revolucionarios en retiro definitivo.

Las formas y el fondo

El derrumbe del proyecto alfonsinista, la hiperinflación, el ascenso de Menem a la presidencia, sacudieron la construcción de espacios de la intelectualidad identificada con la adaptación y el 'posibilismo', pero no la anularon. La universidad continuó en las manos anteriores, las revistas se siguieron editando, los subsidios flaquearon pero no desaparecieron. Y el Frente Grande-Frepaso brindó la oportunidad de reverdecer la inserción en la actividad política que estos hombres y mujeres habían intentado bajo el alfonsinismo. Fueron oposición, pero constituyéndose en tal de una manera que les permitiera no abandonar la 'cresta de la ola' ideológica, mientras esperaban reubicarse en el plano político. Con el anticapitalismo ya abandonado, se ubicaron en un ángulo de oposición a las políticas neoliberales, pero que se autoimpedía todo cuestionamiento que fuera más allá de los excesos del 'capitalismo salvaje' impuesto por lo que llamaron 'fundamentalistas de mercado', como si se tratara de mera obstinación ideológica y no de una visión de clase, orientada a obtener beneficios concretos. De allí se deslizaron al mero 'antimenemismo' que permitió una construcción en que el 'estilo' de ejercer el poder del presidente y sus partidarios, tenía mayor peso que el repudio a las medidas que tomaba (privatizaciones, desregulación, flexibilización laboral, etc.), para al poco tiempo comenzar a visualizar a esas medidas como una 'modernización indispensable' y por lo tanto a aceptar su irreversibilidad y la de sus principales consecuencias, en

cuanto a concentración capitalista y manejos oligopólicos en perjuicio de las clases subalternas.

Lo que había hecho el gobierno Menem, en esa interpretación, era pasar de la 'centralidad del estado' a la 'centralidad del mercado'¹², proceso que era analizado como indispensable (e inevitable) a la luz de los cambios producidos a nivel mundial. En definitiva, se cuestionaba la modalidad de aplicación (corrupción, contratos especialmente leoninos, falta de instancias reguladoras eficaces), pero no el fondo, el sentido estratégico de las políticas aplicadas.

El papel crítico era cada vez más modesto, e inclusive las pretensiones de modificar la política, cedieron paulatinamente. El 'socialismo en el sistema' predicado por algunos en los 80', cedía paso al acto de coonestar la adhesión al 'equilibrio fiscal' como objetivo base de toda política de estado. Unas pocas ubicaciones en terrenos no decisivos del aparato estatal tendieron a ser toda la compensación para su apoyo vergonzante. Pero suficiente para seguir ejerciendo desde un lugar confortable la 'crítica cultural' que tiende a agotar su universo de pretensiones. Esos intelectuales se constituían cada vez más en 'funcionarios de la ideología' al servicio de las clases dominantes y el estado. Y esto en una situación de penuria material e intelectual que los tornaba simples 'administradores' de la crisis ideológica y cultural, con menguada capacidad de iniciativa y acción autónoma. Parecidos en esto a los políticos, convertidos a su vez en 'administradores' de un sistema cuyas coordenadas fundamentales no podían modificar ni en lo mínimo.

Consolidadas sus posiciones en el campo universitario, parte de ellos se lanzaron a ocupar lugares decisivos en otros 'aparatos de hegemonía', brindando atención a la producción escrita de divulgación, el periodismo diario y los suplementos culturales, la radio y la televisión, la producción de textos para niveles básicos de enseñanza, etc. Beatriz Sarlo o Luis Alberto Romero, y bajo su auspicio un grupo más amplio de académicos más jóvenes o menos consagrados, se convirtieron en una presencia habitual en los medios masivos de comunicación, y lograron convertir a muchos de sus trabajos en éxitos de crítica y público.¹³

Mientras tanto, en el plano político, todo el empeño estuvo al servicio de aproximar la realidad institucional de nuestro país a los postulados del liberalismo, colocando la construcción de ciudadanía, la 'cuestión republicana', en el lugar de privilegio dentro de su proyecto, al que a falta de mejor denominación, algunos designaron como la consecución de 'un país normal'.¹⁴ El uso de

12 Ha sido Marcelo Cavarozzi, uno de los politólogos más reconocidos de estos últimos años, uno de los que impuso esta terminología, hábil forma de describir, sin mencionar sujetos sociales ni adscripciones ideológicas, lo que había ocurrido, produciendo de paso una 'naturalización' del fenómeno. cf. Carvarozzi, M. *Autoritarismo y democracia*, Ariel, 1997

13 Romero, historiador, ha sido el más multifacético en esta dirección. El diario Clarín, la editorial Sudamericana (hoy reemplazada por Siglo XXI), el Fondo de Cultura Económica, fueron espacios desde los que desarrolló su actividad de dirección en tareas de divulgación, sin descuidar por ello un lugar central en la actividad estrictamente académica como profesor e investigador.

14 José Nun es el que utilizó ese término, en un editorial periodístico de su autoría.

esa frase para designar la 'utopía' buscada, exhibe por sí sola la modestia creciente de un reformismo que corre el riesgo de dejar de ser tal, para convertirse en conformismo a secas.

Un elemento llamativo es que estos intelectuales se empeñaron en seguir detentando la ubicación de 'izquierda' en el campo político, incluso con pretensiones de hegemonizar ese campo y encabezar movimientos culturales que se refugien en ese espacio.¹⁵ Siguieron al respecto la conducta de los partidarios europeos de la socialdemocracia, capaces de aplaudir los bombardeos norteamericanos en distintos puntos del planeta sin renunciar a la autodenominación como 'socialistas' y 'hombres de izquierda'. El problema es que, en una sociedad con un nivel de desarrollo capitalista mucho menor, y mucho más inequitativa que las europeas, la pretensión corre el riesgo de introducirse de lleno en el ridículo, volviéndose intelectual e incluso éticamente indefendible.

Revolucionarios de fin de siglo

Por su parte, las tendencias que persistieron en la pretensión de aunar un proyecto de sociedad no capitalista realizable con la reivindicación del paradigma de revolución, respondieron, en muchos casos, involuntariamente, a la caricatura que sus adversarios querían dibujar: Reivindicaciones en bloque del pasado, persistencia en explicar todo fracaso por la 'traición' de los dirigentes, apego a esquemas de explicación de la realidad que si alguna vez fueron válidos caducaron hace décadas, mayor propensión a la denuncia y el homenaje a los caídos que a la acción política, oscilando entre la nostalgia de lo que no fue y un triunfalismo poco verosímil en el presente. O bien una proclamación obsesiva de un enfoque catastrofista de la crisis del capitalismo mundial y local, siempre propensa a caer en la profecía perpetua de una revolución inminente, con mucho de pensamiento mítico en su base.

Quedó así delineada una franja estrecha para quiénes pretendieran moverse en un campo que eludiera tanto la tentación adaptativa y 'posibilista', como la del refugio en una ortodoxia que parecería no haber leído nada desde la muerte de Guevara, Mao o Trotsky. Con todo, los esfuerzos en esa dirección, luego de tocar fondo a principios de los 90', entre el derrumbe del bloque del Este en el plano mundial, y las reformas neoliberales en el país, tendieron a crecer en cantidad y calidad.¹⁶ Esto se ha acelerado en los últimos años, al compás del desarrollo, gradual pero sin

15 Un ejemplo práctico del mantenimiento de esa pretensión lo constituye el libro de entrevistas compilado por Javier Trímboli, *La izquierda en la Argentina*, Manantial, 1998, que incluye entre sus entrevistados a varios hombres del Club... cuyo accionar ningún observador desapasionado podría calificar como política de izquierda, mientras que excluye prolijamente a cualquier intelectual que mantenga un compromiso anticapitalista y revolucionario, sea cual fuere su inserción y procedencia.

16 En ese campo se han producido en los últimos años algunos trabajos importantes, ligados muchos de ellos a una verdadera floración de revistas de izquierda, que se desató sobre todo en la década de los 90', aunque algunas databan de unos años atrás. *Cuadernos del Sur*, *Doxa*, *El Cielo por Asalto*, *El Rodaballo*, *Razón y Revolución*, *Dialectika*, *Herramienta*,

pausa, de un nuevo auge de la movilización social, con la aparición de nuevos movimientos y modalidades de lucha, como los de desocupados, H.I.J.O.S, agrupaciones estudiantiles de tinte radicalmente renovador.

En los últimos tiempos de la década menemista, florecieron numerosas publicaciones vinculadas al marxismo o a propuestas alternativas de izquierda, así como radios FM no comerciales, productoras de comunicación alternativa, y centros culturales de tono contestatario. En el ámbito universitario cobraron relevancia agrupaciones de izquierda independiente, que suplieron en parte la pérdida de gravitación en ese ámbito de algunos de los partidos de esa orientación, ostensible en la década de los 90'. Se manifestó una voluntad de re-construcción en la que participan pequeños partidos de izquierda, otras organizaciones no partidarias y muchos intelectuales dispersos, que aportaron aquí y allá su pensamiento y su acción.

La fuerza creciente de las movilizaciones de trabajadores desocupados primero, y la floración de variadas formas de contestación social impulsadas por la rebelión popular de diciembre de 2001, después, dieron nuevo impulso y dotaron de mayor 'visibilidad' social a las iniciativas de ese carácter. Muchos intelectuales de izquierda participaron en el movimiento de asambleas vecinales, tanto en los fugaces momentos de su auge, como en la trabajosa 'reinstalación' que iniciaron una vez pasado éste. Otros se ligaron orgánicamente a las organizaciones de desocupados o se empeñaron en la colaboración con las empresas 'recuperadas', incluyendo las iniciativas y centros culturales que algunas de ellas desarrollaron junto a la labor productiva. La acción fuera de las instituciones académicas conoció un nuevo auge, un nuevo modo de romper con la marginalidad y de disputar sino el centro del escenario al menos espacios masivos y visibles a la amplia franja de los 'adaptados'...

Lo más negativo fue el mantenimiento de un divorcio entre esa izquierda intelectual y la acción política explícita, que paradójicamente realimentó las expresiones intelectuales, que al no participar en la militancia partidaria, liberaron energías para emprendimientos al margen, y a veces directamente en contra, de los partidos y demás portadores tradicionales de la acción política. Y que tomó contacto con un activismo social en gran medida no partidario, que a su vez osciló entre la orgullosa independencia y la subordinación, abierta o solapada, al clientelismo político tradicional. Ese activismo social que se reúne, se solidariza con movimientos sociales, crea espacios culturales autónomos del estado y de la universidad, pero no 'hace política' en el sentido tradicional del término, y es a veces ignorado y en otras ocasiones combatido por la izquierda más tradicional.

Ligados a esa floración de movimientos que, con fuertes contradicciones, procuraron re-ligar el

pensamiento y la acción revolucionarias, se han desarrollado también desde los últimos 90', una serie de espacios educacionales signados por la pretensión de autonomía y crítica radical del orden existente.

Dentro de las universidades oficiales, con antecedentes en los años 80' pero brío renovado a partir de 1997, se desarrollaron las Cátedras Libres, que con variados temas, enfoques y denominaciones, se lanzaron al rescate de la tradición revolucionaria, y atrajeron a miles de estudiantes y público en general, a lo largo y a lo ancho del país.¹⁷

A partir de 1998 surge un trascendente campo de debate, el de los Encuentros para un Nuevo Pensamiento, organizados desde la Central de Trabajadores Argentinos, conjuntamente con numerosas organizaciones sociales. Allí se mueve un espacio multiforme, con poco peso relativo de la izquierda tradicional, y mayor incidencia de corrientes nacional-populares y cristianas, así como ciertas variantes de lo que podría llamarse pensamiento 'posmoderno', identificado con un enfoque de superación del marxismo.¹⁸ Lamentablemente, estos encuentros no se han reproducido en los últimos tiempos.

Las Madres de Plaza de Mayo también ingresaron en los últimos años en la creación de espacios de elaboración intelectual, con la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo, que organiza cursos y actividades destinados de modo preponderante a la militancia social y política, consiguiendo una vasta repercusión, no exenta de conflictos y divisiones. Se procura así retomar la idea de construir instituciones educativas no estatales, orientadas a la formación cultural y política de quiénes están identificados con la transformación del mundo desde abajo, sin las formalidades y trabas de la vida académica, pero manteniendo una aspiración de seriedad y sistematicidad.

Va quedando instalada así la preocupación por volver a pensar la revolución y la lucha de clases, por replantear el tema del sujeto sin cohonestar las tesis de virtual 'desaparición' de las clases sociales, por revisar la tradición marxista sin enterrarla bajo un torrente de banalización y 'moderantismo'.

17 Pueden nombrarse, entre otras, las Cátedras Che Guevara, Karl Marx, Antonio Gramsci, Agustín Tosco, J. W. Cooke, varias sobre temas relacionados con la economía y la crítica al orden capitalista, y la de algún modo pionera, la de Derechos Humanos, fundada por Osvaldo Bayer.

18 El mismo nombre 'Nuevo Pensamiento' fue escogido en debate con la denominación 'Pensamiento Crítico'. Aunque ambas expresiones tienden a la alusión más que a la identificación clara, 'nuevo pensamiento' entronca mejor con las tendencias 'post', mientras que pensamiento crítico con la tradición del marxismo.

A modo de conclusión

El ejercicio de una 'libertad en la irrelevancia' desentendida del poder de las grandes corporaciones y de las consecuencias sociales desgarrantes del mismo, en un país periférico y de bajo desarrollo como el nuestro, equivale a la asunción de la impotencia política para todo aquello que no sea la administración del orden capitalista realmente existente, que evoluciona hacia un orden signado cada vez con más fuerza por la desigualdad y la injusticia.

Alejarse de las contradicciones centrales para focalizar el debate en las secundarias, dejar el terreno de la política para replegarse en la 'crítica cultural', atacar cualquier movimiento 'desde abajo' en cuánto osa poner en tela de juicio la sacrosanta democracia parlamentaria, son las actitudes características del segmento de intelectuales cooptados desde el poder. Para consumir esa aceptación del del sistema capitalista y de la democracia parlamentaria con un discurso sostenible, se procede a la licuación de las categorías y de los métodos de investigación. La clase obrera se metamorfosea en "sectores populares", el capitalismo desaparece bajo la problemática de la *modernidad*, la ciudadanía y el sistema político concluyen por sepultar la atención hacia el núcleo duro del Estado, de propensión represiva.

Este sector se fortaleció en un afán re-fundador de las ciencias sociales, la historiografía y el pensamiento político de Argentina, que dejó atrás las construcciones pre-dictatoriales para instaurar el predominio de una intelectualidad de alta profesionalización y con base en los ámbitos específicos (universidades, CONICET, etc.). Desde allí se proyectaron a la divulgación y a los medios de comunicación con renovado ímpetu, con el fin de completar su hegemonía académica con una llegada continuada y de alto impacto al 'gran público'. Ya no buscan desarrollar una militancia, sino desde el lugar profesional del 'especialista', dotarse de una voz prestigiada que les permita intervenir en los debates públicos con una audiencia benévola más o menos garantizada.

Junto con los sectores 'transformistas', la década del 80' y sobre todo la de los 90' permitió asistir al apogeo de una intelectualidad de derecha en el país, puesta al servicio de la 'revolución conservadora' impulsada durante la presidencia Menem. No fueron en general 'hombres de letras' sino especialistas orientados a la economía, la administración, la reflexión sobre los avances científico-tecnológicos, analistas de la 'opinión pública'. Su campo de actuación y producción incorpora a menudo figuras empresariales junto a los tradiciones aparatos académicos, o directamente tienden a reemplazarlos: Consultoras varias, centros de estudios más o menos directamente patrocinados por empresas capitalistas, encuestadoras de opinión, asesorías de imagen, forman su universo habitual de actuación.

Un componente clave en la proyección de estos intelectuales conservadores dentro del aparato del

estado fue la puesta en marcha y ejecución del Plan de Convertibilidad, realizada con una actitud que puede calificarse de militante en la defensa y aplicación de la programática del neoliberalismo. El ministro Cavallo y su disciplinado y numeroso equipo de expertos de la Fundación Mediterránea fueron el ejemplo más cabal de intelectuales de derecha colocados en la dirección estatal. Allí, a partir de su legitimación técnica, desarrollaron una tarea política, en cuanto se postularon como fundadores de un nuevo orden socioeconómico y cultural, superador del envejecido capitalismo con pujos de autosuficiencia y del estado intervencionista.

Este fenómeno fue simultáneo al punto más bajo de la relación entre intelectuales de izquierda y militancia política, bajo el vendaval simultáneo del derrumbe del bloque del Este y la restauración capitalista a que dio lugar, las reformas neoconservadoras que se extendían por todo el mundo, y el avance arrollador en lo cultural de los valores mercantiles e individualistas, que parecían capaces de borrar de la faz de la tierra todo lo que pudiera oler más o menos remotamente a socialismo.

Con todo, se fueron apreciando signos de re-avivamiento, en generaciones post-dictadura, del vínculo intelectuales-militancia política, aunque muchas veces esa militancia no se encuadrara directamente en los partidos políticos sino en organizaciones que apuntaban directamente a lo político-intelectual u otras organizaciones sociales, orientadas a reivindicaciones específicas. En el haber de estas experiencias debe acreditarse la intención de defender y desarrollar el pensamiento marxista o la tradición de izquierda radical en general, frente a las variopintas corrientes que pregonaban su extinción definitiva. Empezaron una batalla, desigual por cierto, con la hegemonía cultural de quienes, so capa de 'progresismo' *aggiornado*, reniegan del pasado revolucionario y anticapitalista de la izquierda.

Los que pretenden seguir siendo portadores de un pensamiento radicalmente crítico trataron de receptar en su pensamiento la lógica multiforme y plural de los movimientos de resistencia. Había en ellos un extendido rechazo no sólo del poder económico y estatal, sino también del que tiene sus fuentes en las diferencias étnicas, la vida cotidiana, la sexualidad, la organización familiar, y en todas las formas de organización burocrática y jerárquica.

No es fácil procesar la desconfianza global hacia cualquier institución y frente a todo poder que despunta en muchos de esos movimientos, orientados a posiciones 'antipolíticas', que suelen no distinguir entre el repudio a la dirigencia política 'sistémica', la profunda desconfianza al partido político como forma de organización popular; y el rechazo global e indiferenciado a las acciones que excedan el campo de su propio 'asunto' (desocupación, vivienda, defensa de minorías oprimidas, combate contra la represión, defensa de la cultura popular, etc.)

Hacia el final del gobierno de Menem había todavía alguna izquierda que esperaba la vuelta al

pasado, o se refugiaba en "certidumbres" ya desmentidas por la realidad, sin jugarse a descubrir las nuevas posibilidades del presente, y sin buscar activamente y con inteligencia la articulación con toda una serie de expresiones, muchas de ellas novedosas, no susceptibles de ser controladas o instrumentalizadas, y a menudo directamente hostiles a los partidos y organizaciones de izquierda más tradicionales.

Hay varios hitos que llamaron a la reflexión: El avance de la restauración capitalista en los países del Este, la evolución hacia la integración en el capitalismo globalizado del régimen chino, el rutilante avance de la tecnología y de nuevas propuestas de consumo en el norte del capitalismo desarrollado, restaron valor a las 'certidumbres' que se solían sostener sobre los distintos sistemas sociales y el futuro del capitalismo. Las reducciones deterministas del marxismo dejaron paso en nuestro país al cuestionamiento generalizado sobre los presupuestos de la izquierda revolucionaria. Inicialmente, no fueron muchos los que efectuaron una reflexión seria desde la premisa de mantener posiciones anticapitalistas, tendientes a la transformación revolucionaria de la sociedad. Cierta 'espíritu de época' signado por el descreimiento y la liviandad, coadyuvó para que la mayoría absorbiera múltiples influencias, actualizara su información y su reflexión, pero en clave de alejamiento del conflicto social, de las urgencias planteadas por la explotación y la pobreza, del compromiso con los problemas y sufrimientos del resto de la sociedad. Hoy va quedando demostrado que todo aquello tenía un destino efímero: Las llagas de la sociedad argentina han quedado al descubierto, mostrando lo intrínsecamente perverso de todo el proceso de 'modernización' de los años 90', haciendo trizas la ilusión de que la 'transición a la democracia', con sus problemas, había tenido éxito. Se mostraba, en suma, que la abdicación por parte de muchos intelectuales respecto de una orientación crítica y de proyección militante, no había sido sino una forma de complicidad, no siempre pasiva o involuntaria, con el saqueo del nivel de vida, las posibilidades de participación democrática y el avance cultural de la mayor parte de la sociedad argentina, y desde ya el conjunto de las clases subalternas.

Esto abre un nuevo campo de perspectivas para quienes vienen intentando la vinculación entre un pensamiento liberador y el movimiento social real, con un éxito gradualmente creciente. Por doquier aparecen formas de lucha social enteramente nuevas, o bien profundamente renovadas: Los cortes de ruta y toma de espacios públicos, las múltiples acciones de los movimientos de trabajadores desocupados, mecanismos de funcionamiento en asamblea y mandato revocable enmarcados en las luchas, las organizaciones que radicalizan la protesta contra la impunidad y los abusos a través de ir a buscar a los culpables a sus guaridas (los 'escraches' de variado tipo e intencionalidad). La necesidad de articular el conjunto en propuestas que puedan generar una coherencia, unos consensos básicos, una base de coordinación y toma de decisiones comunes, se

hace más imperiosa a medida que el movimiento crece. No se puede hacerlo sin altas dosis de formación teórica y de voluntad política, sin la tenacidad invencible del organizador dispuesto a volver a tejer mil veces lo que el ataque del enemigo o las divisiones del campo propio destejen una y otra vez. Sin dejar definitivamente de pensar en términos de monolitismo ideológico, de centralización absoluta en lo organizativo, de existencia de una jerarquía ‘histórica’ que predetermina quien es vanguardia y quien va detrás; para hacerlo en términos de articulación de lo múltiple y diverso, de construir alianzas sociales, políticas y culturales que habrá que re-establecer día por día. Toda una generación de intelectuales orgánicos de las clases subalternas tienen un papel importante y activo a jugar en ese campo, a condición de saber romper con las prisiones de la rutina y la idealización del pasado, pero con renovada capacidad para lanzarse a la lucha incansable contra una sociedad desigual e injusta, a la que sólo la fuerza y decisión de las multitudes podrá cambiar de raíz.

Post-scriptum: Desde la asunción del presidente Kirchner, se ha acentuado una tendencia a la cooptación exitosa de organizaciones populares que formaron parte importante de las luchas populares desplegadas desde los últimos años 90’, en consonancia con la puesta en marcha, desde el aparato estatal, de un intento de ‘lectura’ de las demandas corporizadas en torno a diciembre de 2001, que permitiera acoger una parte de ellas, siquiera atenuadas o modificadas, al mismo tiempo que se retomaba el timón por parte de las dirigencias tradicionales y se reconstruía una escena política en la que volviera a quedar claro que las decisiones se toman en ‘palacio’ y no en las calles; y por tanto la lucha política volviera a ser un juego de minorías que vuelcan su ‘espectáculo’ al resto de la sociedad, en una modalidad que se centra en elecciones y encuestas de opinión, dejando en la oscuridad todo intento de cuestionar desde la política las relaciones fundamentales de poder. Al mismo tiempo, desde variados sectores de poder se apunta al desprestigio de las organizaciones populares, en especial al movimiento piquetero. Se retoma la demanda general de ‘orden’, pero ya no en una acepción francamente conservadora, sino como parte de una necesidad de apoyo, o al menos expectativa favorable, hacia un gobierno que proclama la clausura definitiva de la ideología neoliberal y del énfasis exclusivo en los vínculos con el gran empresariado como orientadores de la acción estatal.

Esta nueva inflexión presenta nuevos interrogantes para la intelectualidad que se mantuvo en actitudes de resistencia, ya que abre la tentación del apoyo, más o menos crítico, a la nueva gestión de gobierno. En esas circunstancias, se torna un imperativo aún más fuerte el mantener la aspiración al desarrollo autónomo de la organización y movilización popular como preocupación fundamental. Sin linealidad ni voluntarismo exacerbado, aceptando la existencia de retrocesos y desviaciones,

pero apuntando a una reflexión que siga desenvolviéndose desde 'abajo' y no al calor de las expectativas y descontentos que se generan a partir de la acción de las cúpulas. Se trata, creemos, de demostrar en la praxis cotidiana, que no nos conformamos con un 'país normal', sino con una sociedad basada en la igualdad y la justicia, que vaya contra el mantenimiento y expansión de las variadas formas de explotación y alienación.